

anduviera cada vez ménos y escribiera cada vez más. Con aquellas dos ingentes fábulas del *Quijote*, y del *Persiles* en la cabeza, debía de vivir en un mundo de ensueño y de pesadilla, dándose escasa cuenta de sus impresiones, sintiéndose otro yo escribiente y pensante distinto del yo andante, corriente y moliente. De este modo, su fe en sí mismo, lejos de abatirse, crecía y se afirmaba.

Con ella no dejaba de crecer su fe divina. Sólo en su casa, no oía más ruido que el lento rezongar de su hermana y de su mujer que, en un rincón, removían sus rosarios. Su amigo y casero el clérigo D. Francisco Martínez Marcilla le visitaba, tenía con él conversaciones discretas y apacibles, más de casa que de camino. Afuera, en la calle del León, vociferaban los comediantes en el mentidero. Pasaba Lope, se le quitaban todos los capelos, con grandes reverencias.

Desde su ventana, Cervantes veía en un breve espacio la gran comedia del mundo.

## CAPITULO LIII.

## EL VIAJE DEL PARNASO

En medio del camino de la vida, con la cadena al pie y la argolla al cuello, la mano que libre y sana quedara á Miguel escribió su inmortal epístola á Mateo Vázquez, obra de sangre y de dolor, de vida y de miseria, cual jamás pudo escribirlas el *dichosísimo* y afeitado burgués señor Quintana. Los tercetos de esta epístola son tan buenos como los mejores que se hayan escrito en castellano, sin exceptuar los del famoso capitán Andrada. A aquellos críticos chirles para quienes no cabe dudar que Cervantes escribía deprisa y corriendo, sin reflexión y sin lima, ¿cómo no les ha chocado el hecho de que las mejores obras poéticas de su pluma sean sonetos y tercetos y que, si alguna vez quería desahogarse y dar salida á los sentimientos íntimos que hervían en su corazón lo hiciese en sonetos como el de

¡Voto á Dios que me espanta esta grandeza...

ó como el de

Vimos en Julio otra semana santa...

y cuando no en sonetos, en tercetos, cual los de la epístola á Mateo Vázquez

Si el bajo són de la zampoña mía

ó los del *Viaje del Parnaso*.

Un quidam Caporali italiano...?

Tercetos admirables compuso cuando se vió en el último extremo de la angustia, allá en Argel. Admirables tercetos forjó cuando se hallaba en el último extremo de la vida.

Abarca el *Viaje del Parnaso*, por consiguiente, la época más grande y memorable en la existencia de Miguel, aquella en que el hombre, olfateando cercana la muerte, quiere decir á los futuros tiempos lo que él ha sido y lo dice, entreverando la sinceridad y la llaneza con estos ó aquellos toques de modestia no fingida, sino naturalmente mezclada con el franco orgullo de quien está cierto de haber realizado obra maciza, sólida. Sigamos el pensamiento de Miguel en este inapreciable documento autobiográfico y podremos reconocer cuanto él creía de sí mismo, ya que no cuanto pensaba de los demás, pues hay en esta obra, como en el *Canto de Caliope*, de la *Galatea*, y en el *Laurel de Apolo*, de Lope, demasiados poetas alabados para que todos ellos sean buenos.

Como el César Caporalí, á quien imitó y al imitarle hundióle en el olvido,

contó, cuando volvió el poeta solo  
y sin blanca, á su patria, lo que en vuelo  
llevó la fama deste al otro polo,

Miguel, que ya gustara las amarguras del poeta que vuelve solo y sin blanca á su patria y recientemente las resaboreó al tornar así á Alcalá de Henares, comenzó alardeando de modestia, por decir

Yo que siempre trabajo y me desvelo  
por parecer que tengo de poeta  
la gracia que no quiso darme el cielo...

versos que le han sido fatales, pues á ellos se han agarrado centenares de imbéciles para, sin más argumentos, pregonar la incapacidad poética de Cervantes "por él mismo reconocida"... y sin pasar de ahí, le han condenado, como debió de hacer el rimbombante cantor de las pústulas de ternera. Pero nosotros que hemos seguido al poeta en sus versos, sigámosle en sus pensares ó sentires.

El poeta camina fatigado,

Porque en la piedra que en mis hombros veo  
que la fortuna me cargó pesada  
mis mal logradas esperanzas leo...  
Mas como de un error siempre se empieza,

creyendo á mi deseo dí al camino  
los pies, porque dí al viento la cabeza.  
En fin, sobre las ancas del destino,  
llevando á la elección puesta en la silla...

parte con la vista fija en lo futuro. Bien sabe él lo que son los poetas para el viaje del vivir.

Llorando guerras ó cantando amores  
la vida como en sueño se les pasa  
ó como suele el tiempo á jugadores.  
Son hechos los poetas de una masa  
dulce, süave, correosa y tierna  
y amiga del holgar de ajena casa...

Pero él se reconoce á sí mismo y dice:

Vayan, pues, los leyentes con letura,  
cual dice el vulgo mal limado y bronco,  
que yo soy un poeta desta hechura:  
Cisne en las canas y en la voz un ronco  
y negro cuervo, sin que el tiempo pueda  
desbatar de mi ingenio el duro tronco:  
Y que en la cumbre de la varia rueda,  
jamás me pude ver sólo un momento  
pues cuando subir quiero, se está queda.

Huye, pues, de la engañosa corte de Madrid, despídese del Prado, y de las gradas de San Felipe, así como de los corrales y del hambre madrileña.

Adiós, teatros públicos, *honrados*  
*por la ignorancia que ensalzada veo*  
*en cien mil disparates recitados,*

donde no cabe dudar que alude á Lope...

Adiós, hambre sutil de algún hidalgo  
que, por no verme ante tus puertas muerto,  
hoy de mi patria y de mí mismo salgo...

Ya sabía lo que era el *hambre sutil* de los hidalgos y lo que daba de sí la corte. Por fortuna, él vivía á veces de antiguas memorias, y al ver el mar se renovaban en su mente las imágenes de los gloriosos días. Estos recuerdos reaniman al cansado viandante y levantan su corazón. Pues nadie le ha hecho justicia entre

sus contemporáneos, sino el vulgo, en cuyas bocas andan el *Quijote* y las *Novelas ejemplares*, él, el mismo Miguel se la hará por boca del dios Mercurio que le dice:

¡Oh, Adán de los poetas, oh, Cervantes!  
¿qué alforjas y qué traje es éste, amigo,  
que así muestra discursos ignorantes?

Yo, respondiendo á su demanda, digo:  
Señor, voy al Parnaso y como pobre  
con este aliño mi jornada sigo.

Y él á mí dijo: ¡Sobrehumano y sobre  
espíritu cilenio levantado!  
toda abundancia y todo honor te sobre,

Que en fin has respondido á *ser soldado  
antiguo y valeroso*, cual lo muestra  
la mano de que estás estropeado.

Bien sé que en la naval dura palestra  
perdiste el movimiento de la mano  
izquierda, para gloria de la diestra.

Y sé que *aquel instinto sobrehumano  
que de raro inventor tu pecho encierra*  
no te le ha dado el padre Apolo en vano.

*Tus obras los rincones de la tierra,  
llevándolas en grupa Rocinante  
descubren y á la envidia mueven guerra,*

Pasa, *raro inventor*, pasa adelante  
con tu sutil disinio y presta ayuda  
á Apolo, que la tuya es importante.

¿No era razón que el mismo Cervantes dejase á la dormida posteridad su *Non omnis moriar*, su *Naso magister erat*, como lo han dejado todos los grandes creadores? Comprendía él y sentía que legaba al mundo una obra imperecedera y quería avisárselo á su siglo, que tan mal le había pagado. Sentía venir la muerte y quería dilatar el goce del vivir, la alegría de ser, que nunca dejó de sentir en su alma. Tendía en torno suyo la vista y divisaba poetas, amigos y enemigos, todos inferiores á sus elogios: allá iba dejándoles embutidos cada uno en un terceto como muertos en nicho de camposanto... pero no, á todos no. Ya sabía Cervantes adelantar los juicios de la posteridad para los otros como para sí mismo, y habiendo servido con un terceto á Gón-

gora, con otro á Espinel, á Salas Barbadillo, á Suárez de Figueroa, á Balbuena y á Cabrera de Córdoba, para hablar de Quevedo necesita, por lo ménos, cuatro:

—Mal podrá *D. Francisco de Quevedo*  
venir—dije yo entonces. Y él me dijo:

—Pues partirme sin él de aquí no puedo.

*Ese es hijo de Apolo, y ese es hijo  
de Calíope musa*. No podemos  
irnos sin él, y en esto estaré fijo.

*Es el flagelo de poetas memos,*  
y echará á puntillazos del Parnaso  
los malos que esperamos y tememos.

—¡Oh, señor!—repliqué,—que tiene el paso  
corto, y no llegará en un siglo entero.

—Deso—dijo Mercurio—no hago caso.....

Un terceto solo, ya citado, nos muestra llovido del cielo al gran Lope de Vega,

*poeta insigne á cuyo verso ó prosa  
ninguno le aventaja ni aun le llega,*

y aunque el elogio venga un poquillo tarde y descarriado, no es menos de agradecer. En pos de esto, canta el poeta su desencanto de las promesas que le hicieron los *Lupercios*, como él los llama, cuando ve en lontananza la tendida hermosura de Nápoles, cuyo caserío blanco se refleja en las aguas del amable golfo. Acuden todos los poetas hambrientos y ahitos al jardín de Apolo, siéntanse á la sombra de cien laureles que en él había. Cervantes sólo llega tarde, como siempre llegó en su cuitada existencia, y se queda en pie.

En fin, primero fueron ocupados  
los troncos de aquel ancho circuito,  
para honrar á poetas delicados,

Antes que yo en el número infinito  
hallase asiento: y así, en pié, quedéme  
*despechado, colérico y marchito.*

Dije entre mí:—¿Es posible que se extreme  
en perseguirme la fortuna airada,  
que ofendé á muchos y á ninguno teme?

Y volviéndome á Apolo, con turbada  
lengua, le dije lo que oirá el que guste.....

*Marchito*, sí, pero también *despechado* y *colérico*. Ved aquí tres adjetivos elocuentísimos, definitivos, inimitables para pintar una situación de ánimo. El hombre que á los sesenta y seis años se halla en tal disposición, es un hombre eternamente joven, á quien los golpes de la infame suerte no abatirán ni siquiera al pie del sepulcro. Pero veamos cómo aprovecha Miguel la ocasión para presentar á Apolo y al mundo la cuenta de sus méritos y servicios: veamos cómo, habiendo dicho el *Non omnis moriar* de Horacio y el *Naso magister erat* de Ovidio, sabe decir el *Ille ego qui quondam.....* de Virgilio, y aunque la cita parezca larga, no importa, pues sería tonto exponer en desmañada prosa lo que sobre sí mismo y sobre las desgracias y venturas de su vida expuso en versos insuperables él mismo.

Y así le dije á Delio:— No se estima, señor, del vulgo vano el que te sigue, y al árbol sacro del laurel se arrima.

La envidia y la ignorancia le persigue, y así, envidiado siempre y perseguido, el bien que espera por jamás consigue.

Yo corté con mi ingenio aquel vestido con que al mundo la hermosa *Galatea* salió para librarse del olvido.

Soy por quien la *Confusa*, nada fea, pareció en los teatros admirable, si esto á su fama es justo se le crea.

Yo, con estilo en parte razonable, he compuesto *comedias que, en su tiempo, tuvieron de lo grave y de lo afable*.

Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo al pecho melancólico y mohino, en cualquiera sazón, en todo tiempo.

Yo he abierto en mis *Novelas* un camino por do la lengua castellana puede mostrar con propiedad un desatino.

*Yo soy aquel que en la invención excede á muchos*, y al que falta en esta parte es fuerza que su fama falsa quede.

Desde mis tiernos años, amé el arte dulce de la agradable poesía, y en ella procuré siempre agradarte.

Nunca voló la humilde pluma mía por la región satírica, bajeza que á infames premios y desgracias guía.

Yo el soneto compuse que así empieza, por honra principal de mis escritos:  
*¡Voto á Dios que me espanta esta grandeza!*

Yo he compuesto *romances* infinitos y el de los *Celos* es aquel que estimo entre otros que los tengo por malditos.

*Por esto me congojo y me lastimo de verme solo en pie, sin que se aplique árbol que me conceda algún arrimo.*

Yo estoy, cual decir suelen, puesto á pique para dar á la stampa el gran *Persiles* con que mi nombre y obras multiplique.

Yo en pensamientos castos y sotiles dispuestos en sonetos de á docena he honrado tres sujetos fregoniles.

También al par de *Filis* mi *Filena* resonó por las selvas que escucharon más de una y otra alegre cantilena.

*Y en dulces varias rimas se llevaron mis esperanzas los ligeros vientos que en ellos y en la arena se sembraron.*

*Tuve, tengo y tendré los pensamientos merced al cielo, que á tal bien me inclina de toda adulación libres y exentos.*

Nunca pongo los pies por do camina la mentira, la fraude y el engaño de la santa virtud total ruina.

Con mi corta fortuna no me ensaño, aunque por verme en pie, como me veo, y en tal lugar, pondero así mi daño.

*Con poco me contento, aunque deseo mucho.*—A cuyas razones enojadas con estas blandas respondió Timbreo:

—Vienen las malas suertes atrasadas y toman tan de lejos la corriente que son temidas, pero no excusadas.

El bien les viene á algunos de repente á otros poco á poco y sin pensallo y el mal no guarda estilo diferente.

El bien que está adquirido, conservallo

con maña, diligencia y con cordura  
es no menor virtud que el *granjeallo*.

*Tú mismo te has forjado tu ventura  
y yo te he visto alguna vez con ella,  
pero en el imprudente poco dura,*

Mas si quieres salir de tu querella  
alegre, y no confuso, y consolado,  
*dobla tu capa y siéntate sobre ella.*

*Que tal vez suele un venturoso estado  
cuando le niega, sin razón, la suerte,  
honrar más merecido, que alcanzado.*

— *Bien parece, Señor, que no se advierte* —  
le respondí: — *que yo no tengo capa*

Él dijo: — *Aunque sea así, gusto de verte.*

*La virtud es un manto con que tapa  
y cubre su indecencia la estrechez  
que exenta y libre de la envidia escapa.* —

Incliné al gran consejo la cabeza.  
Quedéme en pie, que no hay asiento bueno  
si el favor no le labra ó la riqueza.

Alguno murmuró, viéndome ajeno  
del honor que pensó se me debía,  
del planeta de luz y virtud lleno.

En esto pareció que cobró el día  
un nuevo resplandor...

¿Conocéis algun poeta que haya sabido hablar de sí mismo y de sus desventuras y azares con mayor dignidad y nobleza? Apolo oídos y conocidos los méritos de Miguel, le habla el lenguaje con que tal vez le hablaron aquellos árboles á cuyo arrimo y sombra quiso vivir. Apolo le aconseja que se siente y espere. Parece que la casa va á triunfar del camino. Mas no sucede así. El poeta pasa adelante, seguro de sí mismo. Ya ha cantado sus alabanzas, con sublime y honrada inmodestia: él mismo declara

Jamás me contenté ni satistice  
de hipócritas melindres, *Llanamente*  
*quise alabanzas de lo que bien hice...*

La falta aún exponer su Estética, los principios á que él suele obedecer en la composición y en el pensamiento. Y para ello comienza por distinguir dos clases de poesías.

— Esta, que es la poesía verdadera,  
la grave, la discreta y la elegante —  
dijo Mercurio — la alta y la sincera,

Siempre con vestidura rozagante  
se muestra en cualquier sitio que se halla  
cuando á su profesión es importante.

Nunca se inclina ó sirve á la canalla,  
trovadora, maligna y trafalmeja  
que en lo que más ignora, menos calla.

Hay otra falsa, ansiosa, torpe y vieja,  
amiga de sonaja y morteruelo,  
que ni tabanco, ni taberna deja.

No se alza dos, ni aun un coto del suelo,  
grande amiga de bodas y bautismos,  
larga de manos, corta de *cerbelo*.

Tómanla por momentos parasismos.  
No acierta á pronunciar y si pronuncia  
absurdos hace y forma solecismos.

Baco, donde ella está su gusto anuncia  
y ella derrama en coplas el poleo,  
compa y verbena, y el mastranzo y juncia.

Pero aquesta que ves es el aseo,  
la gala de los cielos y la tierra,  
con quien tienen las musas su bureo...

Moran con ella en una misma estancia  
la divina y moral Filosofía,  
el estilo más puro y la elegancia.

Puede pintar en la mitad del día  
la noche, y en la noche más oscura  
el alba bella que las perlas cría.

El curso de los ríos apresura  
y le detiene, el pecho á furia incita  
y le reduce luego á más blandura.

Por mitad del rigor se precipita  
de las lucientes armas contrapuestas  
y da victorias y victorias quita.

Verás cómo le prestan las florestas  
sus sombras y sus cantos los pastores,  
el mal sus lutos y el placer sus fiestas...

Y expuesta esta definición de la poesía tal como él la concibe y la entiende, confiesa más adelante los principios de su personal y peculiar Estética:

Palpable ví, mas no sé si lo escriba  
que á las cosas que tienen de imposibles  
siempre mi pluma se ha mostrado esquiva.

Las que tienen vislumbres de posibles,  
de dulces, de suaves y de ciertas  
explican mis borrones apacibles.

Nunca á disparidad abre las puertas  
mi corto ingenio y hállalas contino  
de par en par la consonancia abiertas.

¿Cómo puede agradar un desatino,  
sino es que de propósito se hace,  
mostrándole el donaire su camino?

Que entonces la mentira satisface  
cuando verdad parece y está escrita  
con gracia, que al discreto y simple aplace...

Esto es lo que hoy llamaríamos una profesión de fe naturalista, realista ó verista, como se quiera. Para Cervantes, la verdad y la razón son la única fuente del arte. La paradoja y el absurdo sólo son elementos de sátira deliberadamente empleados. Nada más curioso ni de más valor que esta declaración tan honrada y sincera en el autor del *Quijote*. Entiéndase bien y de una vez para siempre—dicè—que él no busca la disparidad, sino la consonancia. A la posteridad avisa que no advierta en el contraste de Don Quijote y Sancho antagonismos eternos, sino meramente circunstanciales, y que en una superior armonía vienen á resolverse por fin. Quizás por eso mismo, y por no tener la conciencia enteramente tranquila con respecto á la realización de este propósito suyo, Cervantes aprecia más el *Persiles* que el *Quijote*, porque en el *Persiles* todo es consonancia ó armonía completamente manifiesta.

Su firmeza de juicio es tal, que no acepta el regalo con que Apolo obsequia á los poetas endebles: remedio á la flaqueza de éstos son los excrementos de Pegaso, caballo alimentado con ambar y almizcle entre algodones puestos, y que bebe del rocío de los prados. Este remedio—dice Apolo—

de los vaguidos cura y sana el daño...

—Sea—le respondí—muy norabuena.

Tieso estoy de cerebro, por ahora,  
Vaguido alguno no me causa pena.

Con esto, vuelve el poeta á su morada. Los no incluídos en el *Viaje del Parnaso* le saludan con *risa de conejo*:

Yo socarrón, yo poetón ya viejo,  
volviles á lo tierno las saludes  
sin mostrar mal talante ó sobrecejo...

Unos mancebitos cuellierguidos y almidonados le dicen que su ingenio ya caduca. El poeta no les hace caso y vuelve fatigado á su posada antigua y lóbrega.

Aún le parece conveniente aclarar algunos puntos y añade la *Adjunta al Parnaso*, en donde no puede menos de mentar con nueva alabanza *al famoso Vicente Espinel* y á D. Francisco de Quevedo, ni resiste al deseo de mencionar nuevamente sus propias desafortunadas comedias. ¿Por qué no se representan?—le pregunta el mocito enviado por Apolo, Pancracio de Roncesvalles, en cuya pintura muestra Miguel lo que él habría hecho si á pintar lechuguinos madrileños se pusiera.—Porque ni los autores me buscan, ni yo los voy á buscar á ellos.—No deben de saber que vuestra merced las tiene—arguye Pancracio.—Sí saben—replica Miguel—; pero como tienen sus poetas paniaguados y les va bien con ellos no buscan pan de trastrigo: pero yo pienso darlas á la estampa, para que se vea despacio lo que pasa apriesa y se disimula ó no se entiende cuando las representan: y las comedias tienen sus sazones y tiempos como los cantares...

Compuesta y acabada esta obra veintiún meses antes de morir Cervantes, apenas hallaréis en ella una línea que no esté llena de frescura, lozanía y gracia juvenil. A un joven muy joven, como que no pasaba de los quince años, la dedicó. Llamábase el tal señorito D. Rodrigo de Tapia, y era caballero del hábito de Santiago, hijo del poderoso y bienquisto cortesano D. Pedro de Tapia, Oidor del Consejo Real y Consultor del Santo Oficio de la Inquisición Suprema. Es muy probable que Miguel ni siquiera conociese á D. Rodrigo de Tapia. Es seguro que la dedicatoria de su precioso *Viaje* no le sirvió para nada práctico. Previnién-

dolo y previéndolo había escrito la última de las ordenanzas y advertencias de Apolo á los poetas españoles, la cual dice así:

“Item, se da aviso que si algún poeta fuese favorecido de algún príncipe, ni le visite á menudo, ni le pida nada, sino *déjese llevar de la corriente de su ventura*, que el que tiene providencia de sustentar las sabandijas de la tierra y los gusarapos del agua, la tendrá de alimentar á un poeta, por sabandija que sea.”

## CAPÍTULO LIV

LAS JUSTAS DE SANTA TERESA.—EL QUIJOTE DE AVELLANEDA  
LO QUE OYÓ EL LICENCIADO MÁRQUEZ DE TORRES.

Conocido y colocado ya Cervantes en el número de los poetas cortesanos, de los cuales era el más viejo, no desperdició la primera ocasión de mostrarse en público con la dignidad que su mérito y sus años pedían y al propio tiempo, con brío juvenil, compitiendo en el primer certamen que se ofreciera.

Fué este una Justa poética celebrada en la Corte con motivo de haber sido beatificada por el Papa Paulo V la Venerable Religiosa Teresa de Jesús, tras repetidas instancias del Rey Felipe III y de todas las ilustraciones y dignidades de la Iglesia española, allende los cuerpos consultivos y seglares, las Universidades, el duque de Lerma y cuantos señores significaban ó valían algo.

No era la Corte Romana tan benévola y liberal entonces como ahora en esto de las beatificaciones. Hacía falta para conseguir las que los santos, á más de serlo, tuviesen buenas aldabas á que agarrarse y sólo hallándose enérgicamente recomendados por personas de suposición y viso, lograban ser puestos en los altares. Por otra parte, sabido es cómo en vida y en muerte la Mujer divina de Avila tuvo feroces enemigos que encarnizadamente se empeñaban en parar turbia y confusa la clara vida de la Santa. Aun, después de beatificada, para lograr la canonización, que vino ocho años más tarde, fué menester que el Rey de Francia Luis XIII y la Reina Cristianísima María de Médicis escribieran nuevas suplicantes cartas á Paulo V y le enviasen como embajador al marqués de Treynele, quien tampoco logró ablandar la resistencia del